

## SABATO Y LA HERENCIA LITERARIA ARGENTINA

### CIVILIZACION Y BARBARIE

En la posdata del prólogo a una edición de *Recuerdos de provincia*, añadida en 1974, Jorge Luis Borges, dirigiéndose imaginaria y admonitoriamente a sus compatriotas, dice: «Si en lugar de canonizar el *Martín Fierro* hubiéramos canonizado el *Facundo*, otra sería nuestra historia y mejor.» En las obras máximas de los dos mayores escritores argentinos del siglo pasado—José Hernández y Domingo Faustino Sarmiento—parecería ver condensada Borges dos fuerzas antagónicas y actuantes en la vida nacional, enunciadas por el segundo en el título de su libro célebre: *Civilización y barbarie*, según reza la portada de la primera edición, aparecida en Santiago de Chile en 1845 (en ediciones posteriores figuró, en cambio, en primer lugar, el nombre del impresionante caudillo riojano a quien el genial libelo tanto ha contribuido a inmortalizar).

Aunque esas dos contrarias energías hayan actuado realmente en la vida argentina (y ¿en qué comunidad no lo hacen, en mayor o en menor grado, como trasuntos del bien y del mal?), no es justo que el poema de Hernández cargue con semejante peso negativo. Sólo reduciéndolo despiadadamente al argumento, similar al de los folletines gauchescos y los dramones del circo criollo de fines de siglo, podría merecer *Martín Fierro* tan acerba condena. Por otro lado, su segunda parte sobre todo, la *Vuelta*, no deja de rendirse ante el Progreso ni oculta su encomio a la Civilización. La advertencia de Borges (cierta si cada uno de aquellos libros representase realmente la fuerza opuesta) sacrifica a una expresión atrayente, y deletérea como tantas de las suyas, pero con exceso esquemática, el valor de un poema narrativo que se sitúa en la cumbre de una original creación argentina: la literatura gauchesca. Recuérdese, además, sin que sorprenda mucho una jugada más entre los juegos contradictorios de la obra crítica de Borges, que en el prólogo de su libro *El «Martín Fierro»*, declara: «Promover la lectura del *Martín*

*Fierro* es el objeto principal de este breve trabajo», y que en el «Juicio general» concluye: «En cenáculos europeos y americanos he sido muchas veces interrogado sobre literatura argentina e invariablemente he respondido que esa literatura (tan desdeñada por quienes la ignoran) existe y que comprende, por lo menos, un libro, que es el *Martín Fierro*. Justificar esa primacía es el fin que estas últimas páginas se proponen.»

Eduardo Mallea, sin recurrir a contraposición alguna, coincide con Borges en el encarecimiento del poder benéfico de Sarmiento, pero mientras Borges subraya la influencia educadora, Mallea destaca su posibilidad gnoseológica. Este no se refiere precisamente a *Facundo*, sino a los artículos periodísticos que él reunió en *Prosas de ver y pensar* (1943): «La lectura de los artículos publicados por Sarmiento en los diarios deberá ser la literatura fundamental de los estudiosos de nuestra complejión íntima, y por esto: porque la sangre que irriga su denso lenguaje es la sangre misma de la argentinidad (...) Sarmiento es terreno nuestro fundamental, suelo de nuestra espiritualidad.» ¿Y acaso no lo es también *Martín Fierro* en cuanto al conocimiento de «nuestra complejión íntima»?

Las obras de uno y otro han suscitado hasta nuestros días, aparte indagaciones puramente literarias, exámenes empeñados en la busca de rasgos nacionales profundos. Hombres eminentes de otras generaciones han interrogado esos libros como cifras de una realidad superior. Piénsese en Leopoldo Lugones, autor de una *Historia de Sarmiento* y de *El payador*, estudio del poema gauchesco elevado por él a la condición de canción de gesta; en Ricardo Rojas, en *El pensamiento vivo de Sarmiento* y *El profeta de la pampa* (pues Sarmiento presintió ese paisaje peculiar, lo describió antes de conocerlo) y en su análisis de *Martín Fierro* en *Los gauchescos*, uno de los gruesos tomos de los cuatro que componen *La literatura argentina* (y que Borges, ¡ah!, sus contradicciones, juzgó más voluminosa que la literatura argentina misma). Piénsese en Manuel Gálvez, que escribió las biografías de los dos grandes escritores; en Ezequiel Martínez Estrada, estudioso de Sarmiento y de *Facundo*, y asimismo del poema de Hernández, al cual le dedicó en *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* un monumental trabajo de erudición y hermenéutica. Borges consagró uno de sus libros en colaboración a *Martín Fierro* y prólogos a las obras fundamentales de Sarmiento.

Para Ernesto Sábato, hombre de otra generación (1911), descendiente directo de inmigrantes (¡la inmigración, sueño de los progresistas y pesadilla de los nacionalistas!), las dos figuras y los dos

libros que constituyen la más valiosa herencia de las letras argentinas del siglo XIX siguen vivos. «La literatura argentina —puntualizó Sábato en el prólogo en forma de interrogatorio de *El escritor y sus fantasmas*— ha señalado con obras esenciales las grandes crisis de la nación. En sus mismos comienzos, con *Facundo*, obra sociológica e históricamente equivocada, pero novelísticamente genial. En la crisis que sigue a la guerra del Paraguay en que la corrupción y la desilusión se apoderan de los mejores espíritus, con el *Martín Fierro* y con algunas novelas de Cambaceres y Payró.» Y en el mismo prólogo: «Existe una literatura nacional importante por lo menos desde Sarmiento y Hernández, y varios de sus creadores, desde aquella época hasta hoy, pueden figurar honorablemente al lado de grandes escritores europeos o norteamericanos.» Preguntado acerca de la obra argentina que elegiría si lo invitaran a representar a su país con un solo libro, la respuesta fue: *Martín Fierro*. (La entrevista apareció en *Índice*, de Madrid, en 1966.)

Importa concluir que Hernández y Sarmiento, adversarios políticos en su tiempo, confraternizan en la gloria literaria que les ha deparado la posteridad. Fueron, para decirlo con una frase cómoda pero aproximativa, como todas estas denominaciones generales, «escritores comprometidos». La común actitud, convertida en herencia que tantos han recibido y multiplicado, es el más caudaloso legado literario del siglo XIX argentino.

## COMPROMISO Y LITERATURA GRATUITA

Esa actitud de participación, de servicio, de milicia, la impulsan los trabajos y las luchas de la Independencia y de la Organización. ¿Cómo quedarse al margen de la empresa colectiva? Los escritores de la Argentina independiente, desde el comienzo, señalan, retomando las palabras de Sábato, «las grandes crisis de la nación». En prosa predicán, polemizan; en verso celebran. Con sintaxis y símiles neoclásicos Vicente López y Planes compone el *Himno nacional* y Juan Cruz Varela celebra a los héroes y sus victorias. Marte y su hermana Belona van y vienen, refulgentes, entre un hipérbaton y una hipérbole. Con la mentalidad y las expresiones del gaucho, Bartolomé Hidalgo e Hilario Ascasubi despliegan las estrofas de su poesía militante.

Y qué decir de los románticos, Esteban Echeverría el primero, revelador del paisaje pampeano en *La cautiva*, pintor de escenas bár-